PRE-TEXTO Y REALIZACIÓN DEL SENTIDO EN EL ESPAÑOL COLOQUIAL

ANA Mª VIGARA TAUSTE
Universidad Complutense de Madrid

0. Designamos con el término "pre-texto", en sentido amplio, todo texto cuya existencia previa permite el re-uso (literal o referencial) por parte de los hablantes. Incluimos, pues, bajo tal denominación tanto las diferentes unidades de "discurso repetido" (Coseriu, 1977) o formalmente fijado (lexicalizadas), como esas otras más variables e imprevisibles que pueden funcionar de hecho como referencia en un momento dado de la conversación. Podemos, así, distinguir entre dos tipos distintos de "pre-texto":

a) El *pre-texto cliché*, constituido por todas esas *expresiones fijas*, memorizadas, que brotan de una sola vez en la mente del hablante y son interpretadas en bloque por su interlocutor. Son equivalentes a oraciones, partes de la oración o incluso textos completos (siempre breves), se memorizan en bloque y tienen sentido unitario, que precisan puntual y contextualmente en el momento de ser actualizadas, pero está siempre semánticamente "orientado". Funcionan, pues, como "trozos de discurso ya hecho", "introducidos como tales en nuevos discursos" (Coseriu, 1977: 113 y 118), que el hablante puede extender analógicamente o por contraste a muchas situaciones distintas.

b) El que podemos llamar, en oposición, *pre-texto ocasional*, que nace imprevisiblemente, al hilo de la conversión momentánea de ciertas *expresiones libres* en asunto-referencia de la conversación, y obligan a emisor y receptor a un esfuerzo individual de creación e interpretación (respectivamente) adaptadas a la situación comunicativa. Podemos encontrarlo, por ejemplo, en ciertos juegos verbales por asociación semántica o fónica:

* —Una cosa es el tema judicial *en sí*...
—Y otra el debate político *en no*...

* [Hablando de dos niños pequeños, Joaquín y Jorge]
A —Pero éste es muy bueno, ¿no?
B (Padre, con gesto afirmativo) —Éste es san Jorge...
C —¡Pero el otro... [es terrible]!
B (Padre) —*¡San Jorge y el dragón!,*

en ciertas creaciones léxicas espontáneas:

* —Este tío es *gilipuertas*, eh...
—*Giliventanas* [hablaban de alguien que se golpeaba por segunda vez con la misma ventana abierta]

* —¿El tendón?
—Sí, en reposo
—¿El tendón *de Aquiles*?
—*El de Aquiles y el de veniles*
—Pero...

o en ciertas reformulaciones (matizaciones parafrásicas):

* Locutor TV —Las negociaciones sobre el pacto social no están rotas
A —¡Están muertas...!
B —No están rotas, ¡están destrozás...!
(Noticias T5, 5/11/93).

En todos ellos, la alusión metalingüística a algún elemento ya expresado convierte a éste momentáneamente en "pretexto" y "pre-texto" de esa conversación en que aparece.

Sin tiempo ni espacio para desarrollar en profundidad los dos tipos de pre-texto definidos, este trabajo se centrará esencialmente en el primero de ellos, el "pre-texto cliché", sin pretensión alguna de exhaustividad.

En efecto, locuciones, giros, modismos, idiotismos, redundancias y tópicos-cliché (*persona humana*; *sobran las presentaciones*), retruécanos (*¿Cómo como?: pues como como como*) y trabalenguas, ciertos chistes muy breves que no permiten grandes variaciones formales (*Esto van dos en una moto, y se cae el del medio porque tenía la puerta abierta*[1]), metáforas, metonimias, hipérboles y/o comparaciones fosilizadas, paremias (refranes, proverbios, máximas, sentencias, chascarrillos[2]...), citas literales ("—¿Nunca te has llegado a cabrear en una cola, del instituto o de cualquier cosa? —No... Yo qué sé... *'Resignación, hermanos...'*, ¡qué se le va a hacer!"[3]), intertextualidad, etcétera, son muestra de la gran variedad de recursos y fenómenos que permiten el uso "repetido" de las unidades fosilizadas en la interacción verbal.

Nuestro objetivo es, sin embargo, muy modesto, pues no pretendemos más que hacer, aprovechando el material oral —no muy abundante, pero suficientemente representativo, esperamos— recopilado, unas pocas observaciones de urgencia acerca del uso que del "pre-texto cliché" (particularmente del de carácter "paremiológico" y de la intertextualidad) se hace en el registro coloquial. Todos los ejemplos que utilizaremos aquí proceden de la lengua conversacional o de los medios de comunicación, pero pertenecen, en todo caso, a situaciones de lengua improvisada y han sido, en su mayor parte, documentados al oído. Y, aunque con todas las precauciones que un trabajo realizado con tan grandes limitaciones metodológicas y de alcance merece, creemos que nuestros ejemplos ilustran, en general, un uso mucho más rico, espontáneo, flexible y adaptado del llamado "discurso repetido" de lo que a primera vista pudiera parecer y de lo que nuestros libros de texto de enseñanza secundaria siguen empeñados en afirmar, al proscribir el cliché en general, y los refranes en particular, como hábito característico de hablantes no cultos.

1. En el lenguaje coloquial, junto con la necesaria creatividad de un hablante que se ve abocado a la inmediatez y a la *improvisación formal*, la tendencia a recurrir al empleo de expresiones hechas o estructuras ya fijadas es constante. Y no sólo porque suponen un recurso "cómodo" para el hablante, al no requerir un esfuerzo de creación individual momentánea por su parte, sino también, y principalmente, porque *a)* puede expresar con ellas (quizá no con total precisión, pero sí con suficiente rapidez y claridad) lo que quiere decir sin necesidad de resultar excesivamente rotundo (evitando, así, exponerse al rechazo del otro), y *b)* por su tradición y frecuencia de uso pueden ser inmediatamente reconocidas y contrastadas por su interlocutor (Vigara, 1992: 254-265).

---

[1] Consideramos que, en lo esencial, el chiste más común, es decir, el chiste oral popular, es un pre-texto que está previamente establecido en cuanto a contenido, procedimiento humorístico y fines, pero no en lo relativo a su exacta forma, que generalmente se improvisa en la interacción coloquial. Al estudio del chiste oral popular hemos dedicado un trabajo (realizado con una beca-ayuda del Ministerio de Cultura) que se encuentra actualmente en proceso de publicación.

[2] El *chascarrillo* suele ser, como el refrán, breve, de carácter popular y sentencioso o lúdico; tiene también sentido completo y está también formalmente fijado "en bloque" y disponible para ser usado cuando el contexto (y/o la memoria) lo propicie. Sin embargo, pese a su estructura bimembre, el ritmo característico y la rima mnemotécnica, yo no diría que "prete-textos" como *Cuando yo tenía dinero me llamaban don Tomás, ahora que no tengo cuartos me llaman Tomás na más* o *Hay cosas que al parecer parecen ser y no siendo, y otras hay que se están viendo y no se pueden creer* son "refranes", sino "chascarrillos". Dejo al buen hacer de paremiólogos y especialistas la sutil distinción teórica que, sin duda, se puede establecer para ambos términos (distinción puramente intuitiva en mi caso) y la decisión razonada acerca de si es lícito o no incluir al chascarrillo entre las "paremias" —como, también intuitivamente, hago aquí—, junto al refrán, la máxima, etc.

[3] "Qué se le va a hacer" es también una negación (enfática, de resignación) fosilizada.

En lo esencial, estamos plenamente de acuerdo con la afirmación de que cada generación de hablantes, además del discurso transmitido de otras generaciones, acuña sus propios modismos, dialogismos, expresiones sentenciosas, etc., aunque no todas pasen a la posteridad (Iglesias, 1992). Lo que queda, por ejemplo, del amplísimo refranero recogido pacientemente durante siglos no es, ciertamente, en esta era de los medios de comunicación y la cultura audiovisual, demasiado. Sin embargo, la vigencia de algunos refranes, particularmente de esos que contienen "máximas universales" o enseñanzas o reflexiones acerca de ciertos asuntos (no ideológicos) relacionados con la vida cotidiana, es —creemos— indudable. Los conocen los hablantes de casi todas las generaciones y se siguen transmitiendo de modo natural a las nuevas, que además de oírlos, pueden encontrarlos aprovechados o/y manipulados en sus anuncios publicitarios favoritos o en los titulares periodísticos. En general, el "discurso repetido" o "pretexto cliché" de carácter sentencioso o paremiológico se puede *citar* inalterado si su sentido convencional (semánticamente "orientado") se corresponde bastante aproximadamente con el que la situación requiere y el hablante desea transmitir, como en los siguientes ejemplos:

* —Sigues dejándotelas [las luces] encendidas
—No es verdad
—Acabo de apagar la del water hace un momento
—Porque iba a volver ahora
—"Ahora" ¿cuándo?... Vamos, que al final *la cabra tira al monte*

* ¿Y a ti qué te importa, tía, lo que digan o piensen tus vecinas? *Si dicen, que dizan; ¡mientras no hazan...*! ["chascarrillo"].

En casos como éstos, el pre-texto cliché funciona como un molde que se ajusta con bastante exactitud a lo que queremos decir, y se hace un "uso" y un "aprovechamiento" *literal* de él (de su forma y de su sentido "semánticamente orientado"), tal como quiere la tradición y describen normalmente los estudios que se ocupan de este tipo de unidades en abstracto. La realidad de la lengua oral espontánea impone, sin embargo, distinguir entre los conceptos de "reproducción (o uso)" y "aprovechamiento" y hacer a la supuesta inmutablidad de estas expresiones fosilizadas no pocas matizaciones...

Por una parte, las expresiones hechas (refranes especialmente) admiten por principio cierta *adaptación deíctica*: los verbos pueden conjugarse; los pronombres y adverbios, acomodarse a la situación de enunciación ("Cada uno habla de la feria según *le va / le ha ido / espera que le vaya* en ella"); esto propicia la presencia de otras modificaciones formales (no tan necesarias) que no afectan en lo esencial al sentido: "Ovej*ita* que bala, boca*íto* que pierde", "Aprendiz de *mucho / todo*, maestro de nada", "La *cara / el rostro / la jeta* es el espejo del alma", "Dos que duermen en el mismo colchón se *hacen / vuelven* de la misma *opinión / condición*"...

Por otra parte, como es sabido, muchas de estas expresiones (refranes, particularmente) no es preciso decirlas completas, basta con iniciarlas (suelen ser bimembres) y dejar al conocimiento del receptor la tarea de completarlas mentalmente y reconocer, instalado en la situación de comunicación, su exacto sentido:

* —Cree el ladrón...
—Exacto. Eso es exactamente lo que ha pasado; ni más, ni menos.

Obsérvese, sin embargo, que aunque se ha producido de hecho un aprovechamiento "literal" del sentido (orientado y fijado) de la expresión, el truncamiento violenta gravemente su forma, fosilizada precisamente mediante ciertos artificios (sintaxis fija, estructura bimembre y rima, en este ejemplo) que facilitan su memorización y su continuidad y propician, paradójicamente, su no aparición. Los mismos que permiten también en ciertos casos la plena realización del sentido cuando se altera el orden fijado para los miembros de la expresión:

* Pero que no..., no se puede sacar de donde no hay, eh... [cp. "de donde no hay, no se puede sacar"]

* Todo es empezar: el comer, el rascar y el follar...

Pero ocurre, además, que se produce de hecho aprovechamiento "literal" del cliché (paremiológico o no) incluso en ciertas ocasiones en que el hablante, urgido por la inmediatez coloquial, extiende analógicamente su empleo a un contexto verbal poco acorde con el que suele ser asociado:

* Bueno, al trabajo, *que es gerundio* [cp. "andando, que es gerundio"]
* Anda, que eres tonto *cum laude*, hijo,

no acierta a reproducirlo completo o exacto:

* Dicen que... la mujer española que es muy elegante, muy femenina pero, *todo es del cristal con que se mira* ["todo es según el color..."] (HM, V, 93)[4]
* *Echa* fama, y *críate* a dormir
* Es más fácil ver *la viga* en el ojo ajeno, que *la mancha* en el propio ["la paja... la viga"],

o lo cruza-sintetiza con otro u otros de significado cercano:

* Antonio [Prieto, nuevo récord de España en 10.000 m después de 25 años], no es que yo te quiera *dorar las orejas*..., realmente el récord es tuyo [cp. "regalar las orejas" + "dorar la píldora"]
* Eso [hablar de una teoría sin explicar antes la precedente] sería *empezar la casa por la ventana* [cp. "empezar la casa por el tejado" + "tirar la casa por la ventana"].

Todos ellos cumplieron, en su momento, plenamente su función comunicativa, sin provocar, al menos hasta donde pudimos percibir, reacción alguna o reflexión explícita en el receptor. Naturalmente, si esto ocurre, si incluso la (involuntaria) falta de congruencia co-textual (que no "contextual") que tiene lugar en algunos de estos ejemplos no sólo permite la realización del sentido, sino que el fenómeno pasa además inadvertido tanto para el hablante como para su interlocutor, es precisamente porque:

a) su "fosilización" formal y semántica, su "unicidad" funcionan inevitablemente como referencia para ambos y favorecen el "automatismo" en la codificación e interpretación, que se realizan "en bloque" incluso en condiciones adversas[5];

b) en el coloquio, sin tiempo para preparar o formalizar previamente su mensaje ni para la reflexión, a los interlocutores les interesa sobre todo, más que exactamente lo que se dice o cómo se dice, la participación personal activa en la comunicación y que se entienda "aproximadamente" lo que se quiere decir[6]; como ambos comparten el contexto y las expectativas de la comunicación, no suelen surgir obstáculos para la comprensión mutua.

Y en esta particular dinámica coloquial en que los interlocutores deben adecuar espontáneamente su comportamiento comunicativo y su lenguaje a los requerimientos puntuales del acto de enunciación, el pre-texto, que surge al servicio de la interacción y condicionado por la inmediatez coloquial, suele adaptarse formal y semánticamente a las necesidades subjetivas del hablante y contextuales de la comunicación: de ahí su gran *productividad*, mucho mayor de lo que a primera vista parece, o de lo que los estudios sobre la lengua literaria nos han dejado pensar.

Por eso, no es extraño que la simple *alusión* espontánea permita al interlocutor la identificación del cliché y la adecuada realización del sentido como si la expresión fija hubiera sido utilizada en sus términos y sentido "literales", pese a que el hablante sólo ha utilizado su significado convencional como

---

[4] *HM* son las siglas con que abrevio *El habla de la ciudad de Madrid. Materiales para su estudio*, libro editado por Manuel Esgueva y Margarita Cantarero (CSIC, Madrid, 1981) al que pertenecen los ejemplos en que estas siglas aparecen. La cifra en números romanos corresponde al número de encuesta; la de números arábigos, al de página en que el ejemplo ha sido recogido.

[5] A veces, el error es tan obvio, que provoca clara incompatibilidad entre los miembros asociados y el automatismo de la emisión no se ve correspondido por un automatismo decodificador que permita continuar la comunicación sin interrupciones: "Cría *ojos*, y te sacarán los *cuervos*".

[6] A desarrollar la idea de que, dados los condicionamientos del registro coloquial, la precisión no forma generalmente parte de los intereses comunicativos de los hablantes y el sentido se expresa "por aproximación" en la lengua coloquial dediqué mi intervención en el coloquio internacional "El español hablado y la cultura oral en España e Iberoamérica" (Instituto Ibero-Americano, Berlín, septiembre 1993), cuyas actas se encuentran actualmente en prensa.

referencia y ha manipulado explícitamente su forma y su contenido para adaptarlos a sus propios intereses comunicativos en el momento de la enunciación:

* —¿Qué tal tú [en tu trabajo]?
—Bien... Bueno, como en todas partes. Incluso donde parece que cuecen menos habas, las cuecen [cp. "en todas partes cuecen habas"]

* Como dice el tópico, las comparaciones siempre son, no odiosas, pero difíciles de realizar [cp. "las comparaciones son odiosas"] (B. Floro, entrenador, rueda de prensa, 17-11-92)

* —¿Te gusta?
—No está mal.
—Yo soy un poeta...
—Cuando te peta... [cp. "cada uno es poeta cuando le peta"]
—Tengo estilo propio...
—Sí... Una combinación de [...]

* Tenemos pan y tortas...: no nos falta na ["a falta de pan, buenas son tortas"]

* Pero amigo mío, a quién le, a quién le molesta un dulce, ¿eh?[7] [cp. "a nadie le amarga un dulce"] (TV1, "El primijuego", 1-3-93).

Es normal también que el parlamento paremiológico o mediante pre-textos del hablante invite a su interlocutor a situarse en la esfera del lenguaje refranesco o pre-textual, tal como describe Pilar Vega (1990: 330) para *El Quijote*, y aparezcan contextualmente aplicadas interpretaciones "literales" de su significado figurado:

* —¡Ah...!, quien se fue a Sevilla perdió su silla...
—Y el que llegó a Badajoz, se la encontró... Sólo que *para ganársela la silla hay que ir a Sevilla, no vale con llegar por las buenas a Badajoz...*

* —Cuenta, cuenta...
—No, que hay moros en la costa...
—¿En qué costa, tía?, si estamos solas...
—*Es que todavía no han llegado a la playa, pero están a punto de llegar*
—Ah, y es largo...
—Sí es largo, sí,

clichés o refranes *en eco*, sucediéndose unos a otros por asociación (casi siempre lúdica), que a veces es simplemente sinonímica (o aproximadamente sinonímica):

* —Bueno, como sobre gustos no hay nada escrito...
—¡Háber...![8] No, si yo no digo na... Si hay tanto gustos como culos, que cada uno tiene el suyo...;

pero que casi siempre está inducida además por la estructura enunciativa de una de las expresiones, que se repite en la(s) otra(s) con un valor aproximadamente sinonímico o al menos cercano, que permite su aparición, juntas, en un mismo contexto de uso:

* —Más vale un toma que dos te daré
—Y [más vale] pájaro en mano que ciento volando

* —¡Claro!, claro que sí... *Las cosas claras*, ¿no?: *y éste es el chocolate del loro... [cp. "las cosas claras, y el chocolate, espeso"]*

* *-El que no corre, vuela*, macho...
—No, es que *el que no cojea, renquea*, más bien.
—*El que no cojea, corre, y si no renquea, vuela.*
—¡Bueno!, podemos dejarlo así...

---

[7] Obsérvese que la expresión fija se parafrasea en una pregunta retórica que no pretende más que obtener una respuesta mental de los telespectadores, justamente la contenida en su significado original: "*a nadie* (le amarga un dulce)".

[8] *¡Háber...!* es sólo la grafía aproximada con que intento reproducir la locución *a ver*, pronunciada por el hablante exclamativamente, con desplazamiento acentual y de un solo golpe de voz.

* —No hay mal que cien años dure.
—Ni que no venga por bien ["no hay mal que por bien no venga"]

* A —Yo quiero un máster de esos, oye...
B —*Más máster da la vida...* [cp. "más cornás da el hambre"]
C —*La experiencia es la madre de la ciencia*
A —Más máster sí, pero más "pasta" no...

Naturalmente, el contexto propicia a veces ciertas modificaciones que no alteran el sentido final del enunciado, pero lo realizan en perfecta simbiosis entre la expresión fosilizada y esa otra, libre, que nace de la situación vivida y compartida por los interlocutores:

* Es que señor Rico, me da la impresión de que además aquí llueve sobre *quemado* [cp. "llover sobre mojado"]
(Periodista, R, "Protagonistas", 3-6-92, dirigiéndose al Sr. Rico, abogado de uno de los soldados quemados en novatadas).

En los refranes bimembres, estas modificaciones suelen afectar sólo a la última parte, una vez que, expresada la primera, el sentido se puede considerar ya realizado:

* A lo hecho..., *¡ketchup!*
* Al mal tiempo... *¡angulas!*
* —A falta de pan...
—*Nos conformaremos con coca-cola...*
* De tal palo..., *semejante tipejo...*
* Vamos, que el hombre propone, *y Dios se lo jode.*
* —Hoy por ti..., *y mañana quién sabe*, ¿no?

Pese a la evidente alteración que ha tenido lugar en todos estos casos, la versión resultante es, en realidad, *contextualmente sinónima* (o aproximadamente sinónima) de la expresión fija que le sirve de referencia.

Otras veces —y éstas son, quizá las situaciones que con más claridad muestran la vigencia real de este tipo de expresiones—, el contenido original se aprovecha sólo como una primera referencia que da pie a la expresión de un contenido esencialmente distinto, ése que el hablante desea transmitir y, por algún motivo (no siempre descifrable), ha asociado en el momento de su actualización con el de una expresión fosilizada. Esto es, al menos, lo que sugieren algunos ejemplos, como la queja espontánea de una mujer que escucha en la televisión por primera vez la noticia de que el sida se transmite por vía sexual:

* ¡Coño!, *no hay mal que no venga por el mismo sitio,*

la defensa de un joven ante la acusación de vago que le hace un compañero:

* —Joder, tío, lo tuyo es grave, eh...
—Hombre, no, macho, es que, *a quien madruga..., Dios le tiene que prèmiar con una siesta...,*

o la declaración-proposición de amor que un joven de 20 años le hace en una cafetería a su profesora, una mujer madura (en torno a la treintena), casada y con hijos, con quien le une ya una muy buena relación:

* —Vamos a brindar...
—¿Por qué brindamos...? Brinda tú.
—*Por que la primavera nos altere la sangre,*

es decir, "por que cometas conmigo esa locura que, sin decírtelo, te estoy proponiendo que cometas". En cada uno de estos tres casos, el resultado final, el sentido que contextualmente ha adquirido la expresión en el acto de habla realizado, es radicalmente distinto del que corresponde al cliché que la origi-

na; éste permanece, sin embargo, en nuestra conciencia, como una referencia necesaria y de la que, además, difícilmente podemos sustraernos.

Y es que, como éstos y otros muchos ejemplos nos dejan ver, todos esos recursos típicos de esta clase de expresiones (brevedad, estructura fijada, bimembridad, rima, sentido unitario...) no sólo facilitan la memorización y propician la participación activa del interlocutor (que puede completar, matizar o modificar la expresión y, con ella, el sentido de lo comunicado), sino que además funcionan siempre como *referencias* constantes a partir de las cuales se improvisan (si es que se hacen) las modificaciones pertinentes. Y esto, naturalmente, deja huellas obvias en las recreaciones y en las nuevas creaciones; unas veces en su estructura, que continúa mentalmente la iniciada (obsérvese el uso del futuro en el segundo ejemplo):

* El hombre propone, Dios dispone..., *y la mujer lo descompone*
* —Hombre, es que hay amores que matan...
—Nooo... Que quien bien te quiere...
—... *te condenará* gratis a ser un desgracia[d]o to[d]a tu vida...,

o imita el orden arcaico ritual (complemento anticipándose al verbo, a modo de "presentación"):

* La pluma, la mujer y el coche, a nadie prestes;

otras veces (deja huellas) en la cantidad silábica de los miembros o/y en la rima, esenciales para mantener una apariencia rítmica de fosilización popular:

* —A buen entendedor...
—... no le meten un marrón;

y quedan, siempre, rastros léxicos, sin los cuales probablemente sería imposible el reconocimiento de la expresión originaria ni la asociación pertinente de sentido (véase, por ej., "tenemos pan y tortas...: no nos falta na").

2. Si un texto o fragmento textual está, como los que hemos visto, fijado (locuciones, modismos, refranes, etc.), se lexicaliza y se incorpora a la tradición cultural de los hablantes, que lo identifican y lo utilizan como parte de su patrimonio. Si no lo está, como ocurre en la intertextualidad, no es fácil que se incorpore a la lengua coloquial, porque su disponibilidad depende directamente del grado de covivencia de los interlocutores, de su capacidad de recuperación/identificación memorística del mensaje y de su actualidad o idoneidad contextual. El pre-texto de la intertextualidad es, ante todo, un "intertexto cultural" que no está fijado, pero debe ser compartido por los interlocutores y reconocible para ellos si se quiere que cumpla su finalidad comunicativa, pues, de otro modo, puede ser interpretado literalmente y —permitáseme el juego de palabras fácil— literalmente malinterpretado. Por eso, aunque el factor clave que influye en el empleo o no de este tipo de pre-textos es, sin duda, el grado de proximidad, intimidad y/o convivencia entre los interlocutores, y tal grado puede ser, en principio, muy variado, la verdad es que lo normal no es que aparezcan alusiones literarias, como en este ejemplo (para expresar lo inefable):

* —O sea, que según tú yo tenía que haberlo hecho ¿cómo?
—*Poesía eres tú*
—O sea
—Yo qué sé, tío; a mí qué me dices...,

ni siquiera cuando son tan populares como este verso de un poema becqueriano tan breve y rotundo, que muchos podríamos recitar de memoria[9]. Lo normal es que los "intertextos" procedan de ámbitos

[9] "'¿Qué es poesía?', dices, mientras clavas / en mi pupila tu pupila azul. / '¿Qué es poesía?' ¿Y tú me lo preguntas? / Poesía... eres tú".

más "populares", más cercanos a los mortales de a pie, más caducos y más renovables, como los pertenecientes, en general, a la "cultura del ocio". Títulos de películas:

* Un grupo de señorías, habitualmente acostumbrados al *silencio de los corderos*, cuando les dejan balar a coro, dicen [...]
(Antonio Gutiérrez, CC.OO., 1º Mayo 1992)

* A —Estoy cansada...
B —Tienes cara de cansada, sí
A —Pero cansada. ¡Cansada!
C —La primavera. La primavera
A —Pero la primavera del 42
C —Verano. El *verano del 42* [película],

nombres de conjuntos musicales:

* Y desde ese punto de vista, Alfonso Guerra sé que es capaz de hacer muchas *maniobras... orquestales en la oscuridad* que [...] [grupo de música pop]
(Periodista, TV-A3, "3 x 4", 12-12-92),

letras de canciones (y, aunque menos frecuentemente, de poemas):

* —Pues yo no sé [si he estado alguna vez enamorada de alguien que me haya correspondido]
—Ya lo sabes..., *si el que amas no te ama, ama a quien está contigo*. Y confórmate [canción de Stephen Stills: "Love one you are with"]
—Pero es que *el que queremos nos quiere, aunque no quiera querernos*
—Eso quién lo dice.
—Juan Ramón [Jiménez], creo; algún "modelno",

consignas publicitarias:

* —¿Te llega? ¿ya?
—Que sí que sí, que *un poco de Bayleys es mucho*... [cp. "un poco de Poco es mucho"[10], "muchos pocos hacen un mucho"]

* ¿Qué pasa por equivocarse o por hacer el ridículo delante de los compañeros? Pero si eso lo tenemos que hacer todos en la vida... *No pasa nada... ¡nada!* [la hablante acompaña con el gesto la reproducción de un conocido anuncio de tampones].

Como se ve, el aprovechamiento del intertexto es muy similar al de la paremia, y su valor es muchas veces más lúdico que informativo. Su empleo puede conducir también al interlocutor, como hemos visto, al ámbito de la intertextualidad, en el que puede contribuir repitiendo, completando, matizando o alterando el sentido:

* A —A mí sí, ¿eh?, Oye, que a mí los condoncitos me encantan. ¡*Cada quien es cada cual*, oye!
B —*Y sube las escaleras como puede* [canción de J.M. Serrat]
C —Y se lo hace como puede, que no es lo mismo
A —De eso nada, tío, que es higiénico...
B —Pues a mí no [me gusta usarlos]
A —Pues a mí me encantan
B —Hija, ni a casi nadie, si los condones no le gustan a nadie
A —*Será que no los habéis probado bastante* [de un anuncio de tónica: "Eso es que no la has probado bastante"]

Nada impide, naturalmente, que lo que hoy es un intertexto se incorpore, con el tiempo, al paradigma de las expresiones fijas de nuestra lengua; pero esto, como es sabido, no depende de nosotros —que hemos agotado ya nuestro tiempo aquí—, sino de la comunidad hablante, a la cual corresponde asumirlo como suyo y sancionarlo como de uso común. Pero éste es ya, creemos, tema de otro congreso.

---

[10] "Poco" es el nombre de un grupo musical de "country-rock".

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CHEMAMA, R. (1979): "L'expérience du proverbe et le discours psychanalytique", *Ornicar,* 17-18, pp. 43-54.

COSERIU, E. (1977): *Principios de semántica estructural.* Madrid: Gredos.

DÍEZ BORQUE, J.M. (1985): "Conjuros, oraciones, ensalmos...: formas marginales de poesía oral en los Siglos de Oro", *Biblioteca Hispánica,* LXXXVII, pp. 47-87.

DÍEZ CARRERA, C. (1992): "Estudio sobre refranes", *Español Actual,* 57, pp. 57-63.

IGLESIAS OVEJERO, A. (1990): "Las expresiones fijas hoy: vigencia y decadencia del refranero", *Actualités de la recherche en linguistique hispanique* (Actes du IV Colloque de Linguistique Hispanique, Limoges, 1990), 1992, pp. 41-65.

– (en prensa): "Literatura paremiológica", en *Diccionario etimológico español. Literatura popular,* Madrid, CSIC.

PEIRA, P. (1988): "Notas sobre la lengua de los refranes", en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente. I. Historia de la lengua: el español contemporáneo.* Madrid: Castalia, pp. 481-489.

VEGA RODRÍGUEZ, P.M. (1990): "Consideraciones paremiológicas cervantinas", *Actas del Primer Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Alcalá de Henares, 1988), tomo I, Barcelona: Anthropos, pp. 315-322.

VIGARA TAUSTE, A.M. (1992): *Morfosintaxis del español coloquial: esbozo estilístico.* Madrid: Gredos.